

EL AMIGO INVISIBLE

2º-3º

En una triste ciudad, alejada de las montañas, los ríos y los bosques, vivía una familia con un solo hijo.

El niño, aunque parecía que estaba solo, no era así, ya que tenía a su lado un gran amigo, un amigo muy personal sin el que no podía vivir y que le acompañaba a dónde fuese, hiciera frío o calor. No podían separarse ni un instante. Pero a este amigo, nadie le conocía porque era invisible. Ni siquiera los padres del niño se habían dado cuenta de su presencia ... Y es que los adultos, a veces, no ven más allá de sus cortas narices ...

El hijo estaba bastante mimado y todo lo que se le antojaba, al momento lo tenía. Sus padres creían que eso era lo mejor para él y que así sería más feliz. Por eso, cada vez que el niño sabía de la aparición de un juguete nuevo, les decía a sus padres que lo quería, que lo quería y que lo quería ... Y los padres corrían como locos a buscarle el nuevo juguete. Su amigo del alma le decía que no hacía falta tantas cosas para pasarlo bien; que ellos juntos podían inventar juegos más divertidos. Y es que, al amigo del alma, no le gustaban esos juguetes feos y desagradables al tacto porque cada vez que tocaba uno de ellos, le daba tanta alergia y se ponía tan enfermo como si hubiera comido algo malsano. Pero el niño no escuchaba a su amigo del alma, y eso hacía que éste estuviera cada vez más débil y enfermo. Tanto que un día ya no tuvo fuerzas para moverse ni para jugar con el niño. Se puso muy enfermo.

Al verse tan solo, el niño se aburría cada vez más ... Tenía tantos juguetes que no sabía cuál elegir, así que se sentaba aburridísimo en un confortable sillón para que otros le entretuvieran, pero tampoco esto le animaba, más bien le aburría más y más.

Los padres estaban muy preocupados por este terrible hecho. Lo veían como hipnotizado; no hablaba con nadie, apenas comía y lo que era peor, su cabeza, antes redondita, se estaba volviendo pálida y con rasgos duros, como una caja. Su sonrisa estaba desapareciendo como si alguien la estuviera borrando con una goma.

Los padres, asustadísimos, llamaron al médico, y éste examinó al pobre niño con enorme preocupación. Cuando terminó su examen, le diagnosticó una terrible enfermedad que había atacado a muchos niños de la ciudad. Según el doctor, el niño tenía la llamada "Aburriditis Aguda", propiciada principalmente por el hecho de poseer todo lo deseado y por tener continuamente la necesidad de estar entretenido.

Pero, ¿qué es lo que ocurría con el amigo del alma?

Pues que se encontraba tan enfermo, tan enfermo, que su vida estaba a punto de apagarse y sufría, impotente, por no poder ayudar al niño. Con un hilo de voz intentaba avisarle de lo que iba a pasar. Ambos se hallaban en serio peligro, y si no ponía todas sus fuerzas para liberarse de aquello, sufrirían sin remedio... Se borrarían del todo y para siempre.

Por desgracia, al niño ya le había disminuido el tamaño de las orejas y apenas podía escuchar las débiles advertencias de su amigo del alma.

El médico y los padres pensaron durante mucho tiempo en el remedio para el padecimiento del niño.

Pensaron en mandarle a un hospital especial, en un país al otro lado del océano, donde había muchos niños como él, pero después de consultar a los sabios más listos del mundo, decidieron que lo mejor era que el niño se fuera a vivir con los abuelos a una pequeña aldea de la montaña.

Por supuesto, el niño, al principio, no quiso saber nada de dejar la vida confortable y aburrida, pero como su voluntad estaba muy debilitada, se dejó llevar por promesas y premios sin oponer mucha resistencia.

Después de un larguísimo viaje, el transporte que transportaba al niño llegó a un camino que conducía hasta la aldea donde vivían sus abuelos. El camino era muy empinado y peligroso, ni siquiera los animales podían pasar seguros por él. Tenía tantas curvas que de solo pensarlo te podías marear, y, además, el camino bordeaba un profundo desfiladero. Pero si se miraba hacia arriba, se podía ver el cielo de un azul tan luminoso como nunca se había visto, y los gigantescos árboles que allí crecían, jugaban con las nubes a hacerles cosquillas.

Cuando el niño con la cabeza desfigurada y el rostro desdibujado llegó a la aldea, todos lo que allí vivían le miraron sin poder dar crédito a sus ojos. Nunca habían visto cosa igual, pero nadie se burló de su aspecto y se preocuparon mucho al pensar que quizás fuese una dolencia contagiosa. Las madres advirtieron a los hijos que fueran prudentes y que no se acercasen demasiado a él por si las moscas.

La aldea era pequeña, muy sencilla, con casitas hechas de piedra y barro, y de cada tejado destacaba, orgullosa, una enorme chimenea que dejaba escapar por su boca un pequeño hilo de humo blanco. En la placita, una fuente de cuatro surtidores no dejaba de cantar y allí apagaban su sed, con fresca y pura agua de manantial, todos los seres vivos que lo necesitaban.

Pero el niño no podía apreciar aquellos hermosos regalos de la Madre Tierra y no dejaba de protestar y refunfuñar constantemente por todo. Nada le gustaba.

- *¿Hacer pan con los abuelos? ... ¡Vaya tontería!*

- *¿Ordeñar las ovejas con el vaquero? ... ¡Qué miedo!* En su vida había visto y mucho menos, tocado una vaca de verdad.

Este niño seguía con su cabeza dura y su rostro desdibujado. Los pobres abuelos se sentían tremendamente desdichados al ver a su querido nieto en tan lamentable estado. Su amigo del alma casi se había apagado del todo, tan solo una pequeña llamita de vida ardía débilmente en su corazón.

Pero un día ocurrió algo que os voy a contar.

El verano ya se había marchado a otras tierras, y a las montañas llegó el invierno, cubriendo con su manto nevado la pequeña aldea y sus alrededores. Las nevadas de ese año fueron muy copiosas y los animales salvajes empezaron a sentir hambre. Cuando esto ocurre, las fieras pierden el respeto al ser humano y son capaces de acercarse hasta dónde viven para robarles el ganado.

... Y por eso, una noche, una pareja de lobos hambrientos decidió acercarse a la aldea y robar los corderos que habían nacido en primavera.

La noche era muy oscura y cerrada, y los lobos, sigilosos, se acercaron al corral de los abuelos. Las ovejas madres, que los habían oído hacía rato, balaban temerosas y los perros del abuelo, con el pelo erizado, gruñían con sus ladridos mirando hacia la oscuridad.

Los abuelos despertaron y, armados con palos, se dispusieron a enfrentarse valientemente a las fieras. Éstas atacaron a los perros y pudieron entrar en el corral donde estaban los abuelos y las pobres e indefensas ovejas.

Con los palos, lograron mantener a raya un buen rato a los lobos, pero el más fuerte saltó sobre ellos, momento que aprovechó el otro para morder y llevarse a un hermoso corderito que temblaba asustado.

El niño nada podía oír porque sus orejas casi habían desaparecido, aunque el amigo del alma, al sentir tanto jaleo, sacando fuerzas de flaqueza, gritó todo lo que pudo hasta que logró que el niño reaccionara y se diera cuenta de lo que allí estaba ocurriendo.

“¡Levántate!, ¡Los abuelos están en peligro, tienes que ayudarles!”

El niño, aturdido, se levantó y fue hacia el corral, y al ver que el lobo se llevaba al cordero, tomó la pala de madera del horno de la abuela y corrió hasta alcanzarle. Le dio un susto tal que el animal tuvo que abrir sus fauces para decir “¡ay!” y así soltar al cordero, el cual pudo escapar y esconderse detrás de las piernas del niño. Los abuelos hicieron huir al otro lobo y los tres se abrazaron al ver que estaban sanos y salvos.

El corderito, lleno de agradecimiento se acercó al niño y frotó su cabeza contra sus piernas mientras movía alegremente su largo rabito. Aquél, conmovido, hundió sus dedos en la blanca y mullida lana del animal, y pudo sentir el calor que en ella guardaba.

¡Qué sensación tan maravillosa experimentó! Nunca en su vida había tocado algo tan cálido y amoroso. Se agachó y le abrazó con dulzura.

La noche había llegado a su fin y de nuevo los rayos del sol aparecieron tras las montañas iluminándolo todo con cálida luz.

¿Saben entonces lo que pasó?

Que, al sentir el calorcito de la lana y la caricia de los rayos del sol, el amigo del alma comenzó a animarse, a sentirse mejor y, a pesar de que durante algún tiempo le faltaron fuerzas, pudo jugar de nuevo con el niño al que, por cierto, la cabeza se le fue volviendo de nuevo redondita y en su rostro volvió a dibujarse los rasgos con más color y brillo que nunca.

El niño volvió a comer cada vez mejor, jugaba con los demás niños de la aldea y ayudaba a los abuelos a amasar el pan que luego comían y que, por cierto, olía tan bien. Además, se iba sin quejarse con las ovejas en busca de tiernos y jugosos pastos, disfrutando a cada momento contemplando e incluso hablando con las plantas, animalitos y sin aburrirse lo más mínimo.

El niño y su amigo del alma se sintieron de nuevo libres, y eso fue lo mejor que les pudo ocurrir.

Cuando pasadas unas semanas los padres visitaron la aldea para recoger al pequeño, vieron con gran alegría que su hijito se había curado y entonces decidieron que lo mejor sería vivir así para siempre por el bien de su hijo.

Y el amigo del alma se hizo tan fuerte como el niño, y desde entonces, ayudándose mutuamente en todo, siguieron juntos y estuvieron siempre unidos para el resto de sus días.

Aportación de Juliana Maza